

**Emilia Pardo Bazán. *Morriña (Historia amorosa)*. Edición de Ermitas Penas Varela, Madrid, Cátedra, Letras Hispánicas, nº 601, 2007, 243 págs.**

Si la obra novelística de Emilia Pardo Bazán ocupa un lugar señero en la narrativa decimonónica universal, en un ámbito en el que las cumbres descuellan prominentes, no es porque sus *Dos historias amorosas*, díptico que comprende *Insolación* (editada por Ermitas Penas en esta misma colección, nº 520, en 2001) y *Morriña*, recién aparecida, la hayan aupado de manera preferente. Y no lo es porque ambas novelas de 1889 respondieron a un afán distinto del que promovió la escritura de otras ya canónicas como *Los Pazos de Ulloa* o *La Madre Naturaleza*. Alentaba en éstas un propósito mucho más comprehensivo y totalizador, capaz de abarcar un mundo completo, mientras que en aquéllas el designio se quería *estudio episódico*, restringido al examen concentrado –no por ello menos ambicioso– de ciertos especímenes humanos sometidos a vaivenes sentimentales y amorosos en los que se decidía una peculiar manifestación de la entrada en la edad adulta: Asís Taboada accede a cierta madurez tras los avatares y trasiegos del encendimiento *solar* y Rogelio Pardiñas penetra por su parte en un ciclo vital en el que deja atrás la edad de la inocencia. Frente a la marquesa sandunguera dispuesta a vivir feliz, el joven ya avezado en engaños; frente al aprendizaje dionisiaco que desemboca en una pauta que se presume halagüeña, la vida mezquina de un burgués que se adentra en el amor sin experimentar su sustancia afectiva más honda.

Aunque no hubiera firmado estas dos novelitas, la obra narrativa de Pardo Bazán hubiera hecho de su creadora un nombre ineludible en la historia de la novela del siglo XIX, basten los dos títulos aducidos, pero al lector se le hurtarían esas otras *obrillas* que modeló con el primor de una miniaturista y la sagacidad de una observadora ducha en percibir los más leves movimientos del ánimo, las incertidumbres del deseo y las supuestas seguridades del orden. Sin duda la novela que cuenta siete días de la marquesa viuda de Andrade nos persuade de ello, y la crítica bien que lo ha señalado, pero no lo hace menos su compañera y definitivo –por dialéctico– complemento, *Morriña*.

Hasta ahora no disponíamos de una cabal edición crítica de esta novelita ambientada en el Madrid mesocrático más emparentable con el antonomástico de Galdós. Disponer el texto conforme a criterios filológicamente solventes, como lo hace Ermitas Penas Varela, cotejando las cuatro salidas de la novela (dos en 1889, una tercera en 1895 y la cuarta y última en vida de la autora, probablemente en 1896, en el tomo VII de *Obras completas*, y conjuntamente con *Insolación*) es todo un logro que permite comprobar las sinuosidades de la escritura, las vacilaciones y quiebras de la pluma. Dicho cotejo posibilita fijar el texto fundamentalmente a partir de la segunda, la más satisfactoria para la editora y, frente a la cuarta y a lo que se pudiera pensar, la más auténticamente pardobazanianiana. A ese cotejo se añade el de las dieciocho cuartillas que el archivo de la autora coruñesa atesora como único rastro ecdótico de los desvelos de la escritura de la novelita de Esclavitud.

La edición de Cátedra provee al lector de una excelente Introducción a cargo de Ermitas Penas Varela. En ella se desvelan –hasta donde los documentos muchas veces epistolares lo permiten– los pormenores de la preparación y escritura de *Morriña* y los de su publicación, con magníficos grabados de Cabrinety, en octubre de 1889. Sólo había transcurrido el verano desde que en la primavera inmediata había hecho gemir las prensas *Insolación*. Es ostensible la frenética actividad literaria de la escritora gallega en una década en

la cual se asienta su fama de novelista al tiempo que crece su notoriedad crítica, coincidiendo con el cenit de los pálpitos naturalistas y con su diástole subsiguiente.

La «Lectura crítica» a que es invitado el afortunado lector de esta edición va desglosando el diseño de la novelita (veinticuatro capítulos, el último es también su Epílogo) y la organización de su materia diegética en varias secuencias determinadas por el avance de la acción: la primera, del capítulo I al IX, muy descriptiva y costumbrista ya que pinta el escenario doméstico en que transcurre casi toda la novela, el entresuelo de la Calle Ancha de San Bernardo habitado por la viuda (otra viuda, bien es cierto que harto distinta de la protagonista de Insolación) de Pardiñas y su único hijo, Rogelio, además de por el servicio. La celebración de la tertulia de las cinco en dicha casa congrega a una serie de *curiales* cuyo retrato es ejemplo de la pericia en el arte de pintar por fuera y por dentro de la autora. Ahí llegará como doncella Esclavitud Lamas, una joven rubia y de ojos verdes que padece el mal de la añoranza de su tierra y desea dejar la casa en la que sirve para buscar un hogar que le permita al menos recordarla en las frases o entonaciones de gallegos de nación. Después de un leve rechazo por parte de Rogelio, la muchacha es admitida también por el joven imberbe estudiante de Derecho. Varios capítulos de transición detallan el paulatino proceso de adaptación de la doncella de oscuro origen a su nuevo trabajo y a sus nuevos amos y cómo se va produciendo el despertar del deseo sexual en Rogelio (p.16). El nudo ocupa los capítulos XIII al XXII y se inicia con la caída por las escaleras de doña Aurora Pardiñas. Su posterior cura facilitará la intimidad cada vez mayor de Rogelio y Esclavitud hasta que en el capítulo XVIII estalle el conflicto cuando el maldiciente Candás, uno de los asiduos tertulianos, se atreva a insinuarle a doña Aurora que los dos jóvenes se entienden. El desenlace empezará a sobrevenir en el capítulo XXIII, que cuenta la pasiva entrega de la muchacha (p. 17) y tendrá su colofón trágico en el Epílogo, quince días después.

Ermitas Penas Varela aduce el testimonio de la crítica de la época personificada en las figuras de Luis Alfonso, Leopoldo Alas, Valera y R.(afael) A.(ltamira) y se detiene a desmenuzar el alcance de sus juicios críticos, de sus reparos a la hora de ponderar el trazado de los personajes, el argumento o el, para algunos, desenfrenado final. Muy certero resulta el análisis y seguimiento del tratamiento temporal a que somete la editora la novela, trabajo éste que ningún crítico coetáneo afrontó ni tal vez hubiera podido afrontar como lo hace Ermitas Penas en las densas páginas siguientes relativas a la estructura y concentradas, de manera muy justificada, en el recuento de los tiempos de ocho meses –lentos o sincopados según las necesidades compositivas y las estrategias narrativas- y de los espacios, así como en la indagación en la tríada de personajes principales de *Morriña*, en su instancia narrativa (bien distinta de la de la otra novela de 1889 –p. 24- aunque no creo que totalmente carente de rasgos irónicos).

El epígrafe «Interpretación» discute la idea de ver en esta novelita de escueto argumento un ejercicio ligero e insustancial, adjetivos que sí convienen a su protagonista masculino. Antes al contrario, queda patente el alcance de su ahondamiento psicológico en la figura materna de doña Aurora, más compleja de lo que revela una mera etiqueta de madre autoritaria y castradora, en el hijo, un Rogelio faldero que empieza a despuntar en «la conquista de su identidad masculina» (p. 48) y lo hace sin gloria, y en la elusiva, melancólica y aparentemente ausente –y tan rosaliana- Esclavitud, la Suriña de los requiebros del estudiante, tan protagonista en su sufrimiento –la novela lleva el nombre de su padecer lejos

de su tierra y de su mar- como los dos anteriores. A todos los vemos y los sentimos moverse, actuar, decir, pero también callar y barruntar.

Recuperemos *Morriña*. No hay obras menores en una trayectoria narrativa como la de Emilia Pardo Bazán. Puede darse el caso de que descubramos su verdadera magnitud en novelitas como ésta en las que el mundo exterior nos va adentrando en otros insospechados. Esta edición de Ermitas Penas Varela nos ayuda a transitar por sus veredas interiores –con un espléndido aparato de notas- y a asomarnos a los procesos cognitivos que afectan a veces desoladoramente al humano sentir.

CRISTINA PATIÑO EIRÍN  
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA